

**RAMÓN LUM**

# **TRANSFORMACIONES**

**COLECCIÓN DE RELATOS**

# EL RÍO

*21 de marzo de 2003, día del inicio de la primavera y de tantas cosas más.*

El cielo es negro. La tierra es amarilla. Encerrado hacia ambos lados por empinadas murallas de tierra devastada, este río no puede beneficiar aquello que lo rodea: entre orillas enhiestas, el agua, masa encrespada y rugiente, avanza sin obstáculos hacia un horizonte siempre impredecible. Sobre las balsas, empapados y exhaustos, nuestros cuerpos permanecen derrotados bajo esta lluvia insistente con la que también las nubes han querido castigarnos desde que comenzamos la marcha. ¿Cuándo la comenzamos? Todo este agua parece haber borrado el rastro de nuestras propias acciones y en este húmedo inquieto espacio que es el río el movimiento ha devorado también nuestra memoria. Y si nosotros no sabemos de nosotros mismos, quién sabrá. No podemos esperar ayuda de nadie. No hay nadie que pueda ofrecernos ni un instante de ayuda, ni un instante.

Cuando a pesar del intenso dolor vuelvo el rostro hacia la parte trasera de la balsa mis ojos ven unos ojos fijos en los míos, unos ojos en los que todo un cuerpo se resume. Sobre el lomo del río cabalgamos hacia quién sabe qué abismo, pero él no tiene ojos sino para mirarme. La lluvia se adueña de sus rasgos y hace de todo él un espectro de agua en el agua, pero es un espectro de ojos brillantes cuya luz negra se clava en mi mirada y parece querer detener mi mirar, hacerlo un mirar muerto, fijo en aquel lugar de quietud del que hace tiempo salí para ser yo mismo. Pero si sus ojos me convocan a esa mirada que nunca vi allí dentro y por la que suspiré después durante tantas horas que me la hicieron tan deseada, yo sé que salí de allí precisamente para saber si existía en verdad esa mirada, y no existía. Por mucho que me mire ahora este mirar arrasado en lágrimas no avanzaré hacia él, no haré ahora el camino inverso al que la fuerza del río quiere que hagamos, esa fuerza a la que no sé desde cuándo me he rendido.

Eso es lo que él no comprende, lo que no hay forma de hacerle comprender: que la marcha irrefrenable de estas aguas vivas pueden por todas las aguas que haya podido conocer antes. Que este río no es cualquier río, eso sí lo sabe. Acaso porque lo sabe me mira como me está mirando, como lleva mirándome desde que me recuerdo mirándole sobre los lacerantes troncos de esta balsa en cuya corteza queda ya más piel de nuestra piel que sobre nuestras propias carnes. Pero no comprende qué hay en estas aguas que me hacen desearlas incluso más que la bendita tierra de la que hace tiempo nos separan y nos alejan. En sus ojos no hay luz, pero encienden en los míos un fuego que me daña. Más que la lluvia, más que la fiera rugosidad de los troncos, más que la loca carrera del agua, incluso más que la inquietud que la tierra y el cielo me producen embarcado en esta balsa, ese mirar de sus ojos a través del agua y del viento y del ruido me aterroriza.

Sin voz me dicen esos débiles ojos desfallecientes lo que las gargantas de un millón de atletas se atreverían a decirme a la cara. De todas formas, no hacen sino adelantarse a una decisión que ellos mismos animan con su mirada.

El mundo es la cuenca de un fragoroso río en el que llueve salvajemente a todas horas. Mi vida se ha convertido en este sobrevivir entre aguas en la oscuridad. Percibo el movimiento, que me excita. Bajo mi cuerpo hay una fuerza capaz de destruirme y que sin embargo ha preferido llevarme consigo hacia delante, siempre hacia delante, a una velocidad cuya magnitud soy capaz de medir en el temblor de mis músculos, en la tensión de todos mis tendones, en la presión de mis muelas contra mis muelas, mis propias uñas entrando en la carne de mis manos. Presa de excitación, no distingo ya el pánico del placer. Me dejo llevar por una experiencia cuyo verdadero y acaso único protagonista es el movimiento. No soy sino un ser que desfallece ya, obligado testigo de una monstruosa maravilla natural. El río. A veces pienso, si eso es pensar, que soy yo mismo el río. Y eso suma placer a placer.

Hace tiempo que no escucho voces ni cantos ni sonidos que no sean el agua del río y el agua de la lluvia. Hubo un tiempo, sin embargo, en el que no sabía ni lo que fuese un río ni un agua de lluvia que hiciese tal ruido. Que no es ruido pero tampoco ninguna otra cosa que pueda nombrarse con otra palabra sino ruido. Voces de aguas, aullidos, rugidos. También temblores, choques, estremecimientos. También el deslizarse continuo de un sonido brutal que acariciase muy dentro de los oídos. Es este tipo de caricia, porque lo es, lo que me tiene anonadado. Su presencia en mi cuerpo: ¿dónde se concreta? ¿Qué órgano afecta esta incesante sensación? A veces hay un punto. A veces es todo el cuerpo, su interior y su exterior, el que reacciona. Otras veces me siento insensible y entonces sí me asusto, como si despertase súbitamente de un buen sueño.

Ahora mismo no sé si me he dormido, si desperté hace un momento y encontré como siempre sus ojos en los míos. ¿Qué imploran esos ojos hundidos, arrasados de lágrimas y lluvia? Acabo de saber, pues es saber, lo que tengo que hacer con ese de ahí atrás, con esa figura que amarga mis horas aún más que la terrible potencia del río. Cortaré las cuerdas que unen las dos partes de la balsa, cortaré las cuerdas y quedaré libre de él, definitivamente libre. Las corto y me da igual que grite o que lllore o que me insulte, qué otra cosa iba a hacer. No puede ayudarme ni defenderme ni desaparecer. Así que soy yo quien ha de hacer el trabajo.

Ya está hecho, ya se aleja su imagen fastidiosa. Las olas de este río furioso hacen un subrayado espumoso bajo su mirada cada vez más humillada. Hierven las aguas y hierven sus ojos. He de hacer acopio de toda mi entereza para soportar esa mirada que se acaba entre burbujas y espuma. Ahora cae, ahora cae lentamente de la balsa y el agua lo engulle. El río es un animal que devora en un instante su famélica sombra de ojos enrojecidos. Se acabó.

Hace tiempo que avanzan las dudas, tantas dudas entre tanta tormenta, pavor con pavor. ¿Y si quedó allí engullido lo mejor de los dos? ¿Y si era yo y no ese otro quien debió acabar en el fondo del río? Nunca lo podré llegar a saber. Remordimiento es poco: un tormento en las venas que asalta el corazón lo angustia, le hace bombear desesperado para multiplicar el

tormento más y más hasta que parece que voy a estallar pero no estallo sino que sigo sufriendo el tormento en las venas que angustia el corazón que se ha hecho mi enemigo en medio de mi cuerpo, en medio del río, en medio de la tormenta, en medio de un mundo de tierra amarilla bajo un cielo negro. Y quiero morir.

Sobre las aguas, bajo las aguas, encerrado en estas aguas que son mi muerte, mi mortaja y mi ataúd, sigo viajando hacia quién sabe dónde, si es que hay un dónde más allá de la furia de estas aguas que me agotan. En este ataúd el río me lleva, este río que acaso es ya mi ataúd. Puedo sentir el movimiento, su movimiento, única sensación en la que ya descanso. Y el río me lleva...

## **ABANDONO**

Cae la tarde sobre una inmensidad de día interminable durante el que nadie pudo estar quieto, abandonarse a sus rutinas cotidianas. Es el último día y han recogido, aún siguen ahí dentro, la casa. Esa misma noche volverán a la ciudad y acabará un verano. Saber eso es conocer la sentencia y el castigo: por ser niño, pasará los días en el colegio, esa prisión dominada por oscuras voces hostiles y pequeñas traiciones infantiles. Cae la tarde y las hojas de la chopera brillan como estrellas de un firmamento vegetal. Los almendros cercanos exhalan el penetrante perfume de su resina todavía líquida entre la rugosidad de sus troncos. Hay un olor veraniego desleído: la intensidad de los días de julio y de agosto ha dado paso a esta simulación del buen tiempo en el que los olores se diluyen y se hacen tenues y olvidadizos. La tierra, las plantas, las piedras, todo se está enfriando y el buen tiempo, la buena vida, el paisaje de la libertad, se cerrará de repente de un portazo nada más entrar en el colegio, con los primeros vientos del otoño.

Aún permanecen los rastros de los juegos en los caminos, en las paredes, bajo los setos, rayando las baldosas brillantes del porche donde está sentado, ese porche en el que tantas horas ha debido pasar sentado, las piernas desnudas al sol y el pecho cubierto a la sombra, mientras observaba el ir y venir de sus hermanos por toda la finca. Ha odiado ese porche hasta llegar al amor que ahora le tiene. Cada línea recta y cada cuadrado, cada grieta del yeso, cada evidencia del cemento, todo eso es su mundo apacible, su refugio, aunque al principio fuese un lugar impuesto vinculado incomprensiblemente a la obligación de sanar. La medicina, los médicos, el cuerpo y la enfermedad. Mañanas enteras en silencio frente a los caminos de la finca por los que aparecen y desaparecen sus hermanos embebidos en búsquedas y juegos prohibidos para él. El reposo de un niño de cinco años. Se concentra y está en la copa de un chopo. Se concentra y tiene una lagartija en la mano. Se concentra y huele la raíz del regaliz de palo. Se concentra y está sudando junto a los demás, riendo con ellos, descubriendo con ellos algún tesoro que seguramente alguien enterró para él. Lo compartirá con sus hermanos, todos le amarán, vitorearán felices su nombre y él bailará la danza de los indios a la luz de la luna.

Dentro de la casa se oyen aún ruidos, frases sueltas, preguntas. Las sombras se alargan, los colores se confunden. Un frescor reciente transmite la inquietud del final.

Pero ya van saliendo. Unos con bultos, otros con maletas, aquel con su bolsa...Uno a uno han ido saliendo de la casa por la puerta del porche, lo han atravesado, han bajado los cuatro escalones de cemento (cálida patria de las hormigas), han ido hasta el camino donde ya el padre abrió el coche. Puede oler la goma y el metal caliente con sólo ver el brillo del cristal trasero. Mamá sale también, con la pequeña de la mano, mirando siempre al frente, hacia los otros, que ya suben al coche, riñen, ríen. Chirrían como siempre los muelles de las puertas. Alguien viene de vuelta corriendo, salta los escalones y grita, con la felicidad de quien ha resuelto un problema:

- ¡Las llaves estaban puestas! ¡Os las habíais dejado en la puerta!

Sus pasos urgentes en la grava del camino. El frescor general, las sombras que dominan casi toda la finca. Suena el motor del coche. ¡Se van! ¡Se van sin él! ¿Nadie se da cuenta de que no está en el coche? ¿Nadie se acuerda de él? ¡Le han abandonado! Una tristeza mortal le impide hablar, gritar, hacer ningún gesto. Está paralizado por la tristeza, la incredulidad, el dolor, la rabia, el odio. Algo se ha fundido dentro de su pecho y hace daño, mucho daño. Es frío pero quema. Le arde la garganta. Querría cerrar los ojos y no ver cómo avanza el coche hacia la verja, la traspasa, se detiene, una sombra se ocupa de cerrarla tras su paso. ¡Se han ido y se han ido sin él! ¿Eso es él para todos? La tristeza se ha hecho angustia. Se ve a sí mismo, ya en la oscuridad, ridículamente sentado en el porche con las piernas desnudas y la camiseta. Se pregunta una y mil veces cómo puede ser que nadie de su familia se haya dado cuenta. ¡Ni su padre, ni su madre! ¡Ninguno de sus siete hermanos! Se han ido entre risas. ¿Puede ser

una broma? Si es eso, si vuelven, no van a encontrarle allí, helado de frío, empapado en el llanto.

No quiere que vuelvan. No quiere que vuelvan nunca. Junto a esa pena insufrible le ha nacido en el pecho una extraña sensación de libertad.

## **ACUERDO**

El le dijo: Tenemos que pensar más en nuestra hija. No tendremos nunca el dinero suficiente para ofrecerle lo que se merece. Sobre todo, hay que asegurarse de que pueda estudiar todo lo que se proponga.

¿Y qué más quieres que hagamos?, respondió ella. Nuestros sueldos no dan para más. Y no podemos cambiar ya de trabajos. Bastante si conseguimos mantenemos en ellos.

El le dijo: He pensado un plan. Busca un hombre de tu agrado que tenga una buena posición: un trabajo muy bien remunerado y fortuna familiar, todo eso. A ser posible, que te facilite un trabajo mejor, más de acuerdo con lo que tú también mereces. Conecta con él, únete a él. Luego busca una buena excusa y sepárate de mí. Te casas con él. Nuestra hija tendrá un apoyo económico firme para sus estudios y para todo lo que se proponga en la vida. Habremos cumplido con nuestra obligación. Y tú, seguramente, vivirás también más feliz. En cuanto a mí, me bastará ser el padre de mi hija, seguir vinculado a ella siempre lo estaré. Y me hará muy feliz ver sus triunfos.

Ella permanecía callada.

El insistió: Sobre todo, no le digas nunca nada de esta conversación. ¡Por supuesto, tampoco al tío con el que te vayas!

Había puesto incluso un tono jocoso en la última frase.

Ella estaba horrorizada por lo que había escuchado. La frialdad de su marido al diseñar ese plan. La absoluta falta de importancia de su vinculación con ella a la hora de elaborarlo. ¿Qué había de su amor y del amor entre ellos dos? Al parecer, lo único que contaba era su hija y el porvenir de su hija. Desde ese mismo instante comenzó a desear alejarse de su lado.

Al cabo de algunos años, con motivo del cumpleaños de su hija, se vieron un momento a solas. No fue un encuentro buscado. Sencillamente, ocurrió.

El, sonriente, le dijo: ¿Ves? ¡Llegamos a un buen acuerdo! ¡Todo ha salido bien! Yo sabía que tú estabas deseando esa salida. ¡Si no, bien que te hubieras revuelto contra mi plan!

Esa noche lloró amargamente durante horas. Su marido, su flamante segundo marido, se preocupó.

No es nada, le dijo ella. La niña. ¡Se ha hecho tan mayor!

### **ÁRBOL DE CENIZA**

Tener en cuenta que Sun (011) es lo suave, el viento, el árbol, la madera, y la “penetración general”.

Y que madera y piedra es medicamento. Y que no hay que tomar medicamentos desconocidos.

Está enfermo por su modo de cargar sobre sí mismo las enfermedades de los demás.

### **BLANCA LUZ**

Los días que pasó en aquel convento acabaron en un desbordamiento deseado y temido. Al segundo día escribió en su cuaderno: ¿Por qué no? Por aquella rendija salió en pocas horas todo su corazón: un preso que abandonaba en medio de la noche, al cabo de veinte años, la cárcel que a sí mismo se dio. Perplejo, aturdido y asustado, emocionado,

entusiasmado, asustado, aturdido y perplejo: así se sentía esos días ante la insólita idea de creer de nuevo en Dios. Escribió en su cuaderno: enamorado. Así se sentía, enamorado del amor de Dios. Deseaba sentirse amado por aquel Dios de cuya existencia descreyó sin acaso dejar de desearla. Sencillamente, Dios no era necesario. La vida humana se dignificaba con el ateísmo, una fase intelectual y moral superior. Las creencias en la existencia divina no eran sino fruto de la increencia en el ser humano. Un ser humano completo y consciente de lo primero que se daba cuenta era de que no había Dios. Y como tantas otras buenas cosas, dejaba en la dulce memoria de la infancia las vivencias de la religión.

En su caso, esas vivencias, sus vivencias más íntimas, contradecían el discurso teológico de quienes para su desgracia se encargaron oficialmente de su educación. Acaso por eso su ruptura juvenil fue más una ruptura con el mundo adulto de los profesionales de la religión que con el mundo infantil al calor de la fe de sus padres. Se negó firmemente a aceptar y soportar las raíces religiosas de la opresión social mientras dejaba a buen recaudo un tesoro sentimental cuyas raíces se hundían en lo más profundo de su corazón. Si Dios era tan sólo esa excusa de los opresores, o peor, ese cruel aprovechamiento de los temores y anhelos de los oprimidos, él no tendría nunca más ninguna relación con él. ¿Y dónde había otro Dios que no fuese aquél inverosímil espantajo?

La fe de los pocos que luchaban contra la dictadura y contra el capitalismo le parecía un resto de su vinculación a los centros de poder en donde se habían formado esos núcleos de resistencia. Una contradicción indeseable y un peligroso vínculo con quienes seguramente aprovecharían en su contra su buena fe. Por encima de aquel oscuro mundo truculento, brutal, inhumano, de las religiones, se alzaba el mundo luminoso de la razón y del compromiso con los oprimidos, en cuya base material cotidiana germinaban los frutos de una nueva ética, de una nueva concepción del mundo y de una nueva sensibilidad hacia el género humano, lo que también engendraría una estética. Todo un programa vital para un joven con ganas de hacer de su vida una vida intensa.

En la celda del convento, tras escribir en su cuaderno la autoconfesión de que deseaba creer en Dios y dejarse amar por El independientemente de lo que ocurriera en su vida desde aquel instante o, mejor, de acuerdo con que su vida cambiara radicalmente a partir de la vivencia de ese Amor, se asomó a la ventana. Miró hacia el cielo y se reconoció exultante y asustado: había dado el paso que nunca se atrevió a dar. Su felicidad contrastaba con el horror que sentía ante la revolución total que imaginaba en su vida. Una vida con Dios, ¿cómo sería? Frente a los muros antiguos del convento se le ocurrió que el horror que se le apoderaba era el mismo que el que hubieron de sentir quienes en medio de una vida consagrada por completo a Dios hubieran de reconocerse a sí mismos su increencia. Pero ese horror, pensó enseguida, no le debía paralizar. Si algo tenía que hacerle rechazar de nuevo la idea de la existencia de Dios no podía ser ni el horror interior, ni la previsible vergüenza, ni el qué dirán. Ni siquiera el silencio de Dios podría ser la excusa en adelante: sólo el silencio de su propio corazón.

Su corazón, a partir de entonces, comenzó a sentir con tal intensidad una desconocida dicha que tan sólo tenía entendimiento para reconocerla en su interior, disfrutarla y agradecerla. Concentrando su atención en su interior hasta donde nunca antes había conseguido concentrarla conseguía por instantes identificar una imagen



relativamente concreta del origen de su inmenso placer: en un punto ilocalizable de sí mismo pero no por ello menos reconocible como parte de sí, un toque inefable hacía expandirse por todo su organismo, su conciencia y su sentir, un gozo siempre más intenso y profundo, un gozo tan interior como envolvente, un gozo que era realmente una nueva y desconocida forma de sentir.

Hace diez años que se conocieron, pero entonces acababa el verano y ahora estaba en su plenitud. Cuando la vio esa primera vez sólo era una figura de espaldas, vestida de pies a cabeza con el hábito de su congregación. Al sentir su voz se giró sonriendo y le vio sonreír: ambos sintieron que algo les sucedía y que al otro también. Procuraron hablar como si no hubieran sentido nada especial. El tono de sus voces podía ocultar su sorpresa pero sus miradas no. Desde aquella mañana de septiembre sus vidas se irían complicando la una en la otra. Ahora eran cómplices en la fe y en el amor.

Doce años después estaban ahí, bajo las estrellas, sentados en medio del jardín de un convento, en una penumbra olorosa de aromas de ciprés y azucenas, susurrando la oración preparatoria de la comunión. Ella ponía en la palma de su mano la reluciente cajita y con sus dedos acariciaba la hostia mientras musitaba su fe absoluta en un Cristo que animaba todos y cada uno de los aspectos de sus vidas, incluido su amor. Él permanecía quieto y en silencio con aquel peso inconmensurable entre los dedos, los ojos fijos en la blancura de un Dios que se hacía tan humilde alimento. Le hubiera gustado estar menos tenso, más natural. Pero no podía. Ella tenía una forma envidiable de asumir el misterio de la Eucaristía, una vivencia libre y confiada de Dios en la comunión, y el diálogo amoroso que sostenía con ese Cristo pequeño, redondo y blanco instalado en el fondo de la cajita de plata era expresión de un alma encariñada y feliz. A él le resultaba una gozosa liberación interior vivir aquel momento bajo las estrellas, en medio del jardín, oliendo aquel fresco perfume de las plantas y este otro cálido de sus cuerpos aún bañados en el intenso perfume del amor. Comulgaron, y él pidió, como siempre desde su segunda primera comunión hacía diez años, debilidad: debilidad para dejarse llevar sin resistencia.

Hacía unos minutos había comentado que las formas mal iluminadas de los árboles junto al muro de la hospedería parecían hacer la silueta de un gran caballo sobre el que cabalgaran un chico y una chica, ellos dos. A lo mejor era Dios aquel caballo, y les llevaba. Sólo había que atreverse a subir y atreverse a dejarse llevar por un Dios capaz de hacerse sombra o silueta contra una pared. Arriba, las estrellas brillaban muy poco. Abajo la oscuridad era una caricia especial en sus pieles hacía poco tan acariciadas.

Al conocerse se asustaron. Él no había tratado nunca con ninguna monja. Ella nunca se había enamorado de ningún hombre. Ambos sabían que les había nacido un amor ¿Pero qué hacer con el amor a una monja? ¿Pero qué hacer con el amor en un convento? Al cabo de aquellos días, en medio de una gran turbación, él le pidió que fuese su hermana del alma, y ella accedió. Él no sabía lo que estaba pidiendo. Ella no sabía lo que prometió.

Durante meses, durante años, se escribieron cartas en las que decían todo lo que no se habían dicho en sus encuentros y en las que callaban todo lo que en sus encuentros habían creído claramente percibir. Escribían sobre Dios, sobre la vida, sobre sus

lecturas, sus búsquedas, sus estados de ánimo, sobre pequeños detalles de cada día que sólo al escribirlos el uno para el otro parecían dotados de alguna significación. Cuando comenzaron a verse cada semana en la salita del convento ella quería escucharle y él hablar mucho: ¡la vida de aquel converso era muy apasionante! Con el paso de los años, él acudía con el apremio de saber más de ella y ella con la necesidad imperiosa de contarle sus intimidades: la cabeza de aquella religiosa era digna de mucha atención. Cuando se cogieron por primera vez las manos ya se habían entregado entero el uno al otro el corazón.

Todas estas cosas iban sucediendo mientras en sus vidas sucedían muchas otras cosas, algunas especialmente importantes, otras francamente decisivas. En realidad, el tiempo dedicado a las cartas y a los encuentros era mínimo. Además de sus respectivas ocupaciones, ambos estaban inmersos en un plan de estudio y reflexión que se llevaba la mayor parte de su tiempo y de sus esfuerzos. La cuestión era intentar aclarar una noción de su relación con Dios que sin negar otras ni enfrentarse a ellas ni, por supuesto, rechazar nada que vieran conveniente o razonablemente aceptable para sí mismos, fuera realmente acorde con su vivencia íntima de Dios.

Durante años él leyó voluminosos tomos de teología en cuyo interior encontraba el rastro del fognazo originario de una fe personal, como la luz evasiva de una estrella fugaz en el firmamento. Pero en aquel interior oscurecido por argumentos despreciables moralmente o intelectualmente inatendibles ese rastro no hacía sino contrastar con la intención de aquellas obras y con su asfixiante pretendida lógica. Algunos de esos importantes libros resultaban realmente risibles en parte o en su totalidad y en todos ellos se exhibía la execrable consecuencia de lo que había que suponer que era una buena intención. Tardó en reconocerse a sí mismo que nada de lo que estaba buscando lo encontraría en páginas como aquellas, lo que le produjo un doble sentimiento de liberación y de temor: se veía obligado a contar tan sólo con sus propias fuerzas en su búsqueda de Dios.

Porque a Dios sí sabía que lo estaba buscando. Con todas o casi todas sus fuerzas. Enamorado de Dios, como se sabía, deseaba conocer el rostro de aquel Ser, necesitaba saber con Quién y por Quién estaba siendo tan inmensamente feliz. Sentía un gran agradecimiento y un gran pesar. Dio gracias a Dios y le pidió perdón por todos aquellos años de no haber sabido disfrutar de su Amor, negándolo. Esa sería en una primera fase su principal tarea interior: dar gracias y pedir perdón. Después todo consistiría en dar gracias y en dejarse querer. Vislumbraba una tercera fase en la que fuera capaz de traducir ese Amor de Dios hacia su persona en algo positivo hacia los demás, pero al salir del convento no podía ver con claridad más allá de la línea de su propia intimidad, y aún en ella sin mucha precisión. Abierta la puerta a Dios, su luz le resultó cegadora: todo su cerebro estaba inundado de una dulcísima luz blanca cuya tibia forma lechosa lo bañaba por completo haciendo de su cráneo una especie de tarro en el que se guardara su cerebro transformado en un denso perfume como aquel que llevara María Magdalena la madrugada de la Resurrección. ¿Y quién había resucitado en el convento esa mañana? Le parecía que aquella experiencia suponía una muerte, un punto de inflexión de tal categoría que su futuro, estrictamente su futuro, dependía de qué opción tomaba en relación a una pregunta: ¿existe Dios? Si dejaba esa pregunta sin respuesta estaba muerto. Vivir sin contestarla no era vivir completamente vivo ante sí mismo. Era indigno callar.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

